

Escuela Dominical

Aprendiendo A Ser Como Cristo

LECCIÓN 101

UN ESTUDIO DE LA VIDA DE CRISTO PARA APRENDER A SER COMO ÉL

V. EDIFICANDO SOBRE LA ROCA (7:24-29)

El Señor Jesús concluye Su sermón con una parábola que destaca la importancia de la obediencia a Sus palabras. No es suficiente con oír estas palabras; hemos de ponerlas por obra. El discípulo que oye y pone por obra los mandamientos de Jesús es como un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Su casa (su vida) tiene un sólido fundamento, y cuando es golpeada por la lluvia y los vientos, no cae.

Pero la persona que oye estas palabras de Jesús y no las pone por obra es como un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena. Este hombre no podrá resistir frente a las tormentas de la adversidad: cuando descendió la lluvia y soplaron los vientos, la casa cayó porque no tenía una base sólida; y fue grande su ruina.

Si una persona vive según los principios del Sermón del Monte, el mundo le llama un insensato, más el Señor Jesús le llama prudente. El mundo considera que un hombre prudente es alguien que vive por vista, que vive para el presente y que vive para sí mismo; a tal persona Jesús lo califica de insensato.

Es legítimo emplear a los edificadores prudente e insensato para ilustrar el evangelio. El prudente pone toda su confianza en la Roca, Jesucristo, como Señor y Salvador. El insensato rehúsa arrepentirse y rechaza a Jesús como su única esperanza de salvación.

Pero la interpretación de la parábola nos lleva en realidad más allá de la salvación a sus resultados prácticos en la vida cristiana.

Hay muchos cuya religión descansa en el puro oír las palabras de Cristo, sin ir más allá; y otros que no solo oyen, sino hacen lo que Cristo dice. Estas dos clases de oidores están representados por los dos constructores. La parábola nos enseña la necesidad de no solo oír, sino hacer los dichos del Señor Jesús.

Cristo está puesto como cimiento y toda otra cosa fuera de Cristo es arena. Algunos construyen sus esperanzas en la prosperidad mundanal; otros, en una profesión externa de religión. Sobre éstas se aventuran, pero son solo arena, demasiado débiles para soportar el peso de nuestras esperanzas del cielo.

Hay una tormenta que viene y probará la obra de todo hombre. Cuando Dios quite el alma, ¿dónde estará la esperanza del hipócrita? Su casa se derrumbará en la tormenta, cuando más la necesitaba y esperaba que le fuera un refugio. Caerá y será demasiado tarde para edificar otra.

El Señor nos haga constructores sabios para la eternidad. Entonces, nada nos separará del amor de Cristo Jesús.

Tanto los que oyen y no hacen nada, como los que oyen y hacen además de oír, se nos presentan, y sus historias se rastrean hasta sus respectivos fines.

El hombre que escucha la enseñanza cristiana y practica lo que oye es como "un hombre sabio que edifica su casa sobre la roca." No se contenta con escuchar las exhortaciones a arrepentirse, creer en Cristo y vivir una vida santa. De verdad se arrepiente. De verdad cree. De verdad deja de hacer el mal, aprende a hacer el bien, aborrece el pecado y se aferra al bien. Es tanto hacedor como oidor de la Palabra. (Santiago 1:22).

¿Y cuál es el resultado? En tiempos de prueba, su fe no le falla. Las oleadas de enfermedad, tristeza, pobreza, decepciones y duelos lo azotan en vano. Su alma permanece impasible. Su fe no cede. Sus consuelos no lo abandonan por completo. Su religión pudo haberle causado problemas en el pasado. Su fundamento pudo haber sido obtenido con mucho trabajo y muchas lágrimas. Tener su propio interés en Cristo pudo haber requerido muchos días de búsqueda ferviente y muchas horas de oración. Pero su trabajo no ha sido en vano. Ahora cosecha una rica recompensa. La religión que resiste la prueba es la verdadera.

El hombre que escucha la enseñanza cristiana y nunca va más allá de oír, es como "un hombre

insensato que construyó su casa sobre la arena". Se contenta con escuchar y aprobar, pero no va más allá. Se lisonjea, quizás, de que todo está bien en su alma, porque tiene sentimientos, convicciones y deseos espirituales. En ellos descansa. Pero en realidad nunca se aparta realmente del pecado ni desecha el espíritu del mundo. Nunca se aferra realmente a Cristo. Nunca toma realmente la cruz. Es un oidor de la verdad, pero nada más. ¿Y cuál es el fin de la religión de este hombre? Se derrumba por completo bajo la primera inundación de la tribulación. Le falla por completo, como una fuente seca en verano, cuando más lo necesita. Deja a su poseedor abandonado a su suerte, como un naufragio en un banco de arena, un escándalo para la iglesia, una burla para el infiel y una miseria para sí mismo. ¡Es muy cierto que lo que cuesta poco vale poco! Una religión que no nos cuesta nada y que no consiste más que en escuchar sermones, siempre resultará al final inútil.

Con esta comparación termina el Sermón del Monte. Un sermón así nunca se había predicado antes. Tal vez nunca se haya predicado desde entonces. Procuremos que tenga una influencia duradera en nuestras almas. Se dirige tanto a nosotros como a quienes lo escucharon por primera vez. Somos nosotros quienes tendremos que dar cuenta de sus lecciones indagadoras. No es poca cosa lo que pensemos de ellas. La palabra que Jesús ha dicho: "le juzgará en el día postrero" (Juan 12:48).

Cuando nuestro Señor terminó Su mensaje, las multitudes se quedaban atónitas ante la sabiduría y el poder de Su doctrina y la autoridad con que les enseñaba. Si leemos el Sermón del Monte y no nos quedamos atónitos ante lo diferente en sus preceptos comparado con los preceptos del mundo, entonces no hemos llegado a comprender su significado.

Este sermón, tan a menudo leído, siempre es nuevo. Cada palabra prueba que su Autor es divino. Vivamos cada día más conscientes de sus enseñanzas. Hagamos de sus bienaventuranzas y gracias cristianas el objeto de nuestros pensamientos.

La gente reconoció una diferencia entre la enseñanza de Jesús y la de los escribas. Él hablaba con autoridad; las palabras de ellos carecían de poder. La Suya era una voz; las de ellos un mero eco.

El versículo que memorizaremos en esta lección es **Santiago 1:22: "Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oyedores, engañándoos a vosotros mismos."**

Se da a entender aquí que, oír la palabra y no ponerla en práctica, lleva a los hombres a engañarse a sí mismos. La naturaleza de este engaño es que piensan que "oír" es todo lo que se requiere, cuando lo principal es ser obedientes.

Si alguien supone que, con una simple asistencia puntual a la predicación, o una atención respetuosa, ha hecho todo lo que se le exige, se está engañando a sí mismo de forma flagrante. Y, sin embargo, hay multitudes que parecen creer que han hecho todo lo que se les exige al escuchar atentamente la palabra predicada; cuando en realidad son completamente indiferentes a su influencia en sus vidas y a sus exigencias de obediencia.

Santiago 1:23 – "Porque si alguno es oyedor de la palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural."

Cuando escuchamos la palabra de Dios, es como un espejo ante nosotros. En los preceptos y requisitos perfectos de la ley y el evangelio, vemos nuestras propias deficiencias y defectos, y quizás pensamos que los corregiremos. Pero nos desviamos de inmediato y lo olvidamos todo. Sin embargo, si fuéramos hacedores de la palabra, buscaríamos la ayuda del Señor para corregir todos esos defectos e imperfecciones de nuestro carácter moral y conformar nuestra alma entera con lo que la ley y el evangelio exigen.

Santiago 1:25 – "Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oyedor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace."

Será bienaventurado por el simple hecho de guardar la ley. Esto le dará paz de conciencia; le impartirá una felicidad suprema y ejercerá una buena influencia en toda su alma. Como el salmista dice: "En guardarlos hay grande galardón."